

Introducción

Después de haber publicado las enseñanzas de Cesáreo para los laicos² y para los monjes³ hoy presentamos para los lectores algunas de sus enseñanzas para las monjas.

Cesáreo de Arlés ha quedado en la tradición de la Iglesia como el primero en escribir una Regla monástica femenina, y más concretamente para aquellas monjas que, presididas por su hermana Cesárea, vivían junto a la Catedral en la que él residía. Esta particularidad permite entrever la forma en que este monje-obispo, perteneciente a la tradición de Lérins, se preocupó por una doctrina referida directamente a monjas. Este detalle es muy importante y significativo pues por lo general las monjas tomaban los escritos referidos a monjes, sean reglas de conducta como enseñanzas espirituales, y los adaptaban a las características propias de su vida. Con los escritos de Cesáreo, las monjas de la Galia tienen una exposición detallada sobre los temas centrales de su vida y espiritualidad y, en la *Regla*, una verdadera organización de una institución monástica femenina. Así se pueden señalar, por orden de aparición, algunos de los temas importantes de la Regla: la clausura (c. 2.34.35.44 de la *Regula ad virgines*); el vestido (c. 4.26); la desapropiación (c. 5.16.41); el tipo de trabajo manual (c. 7.15.19.28), y las disposiciones referidas al oficio divino y la lectura.

Cesáreo
de Arlés
(470-542):
Enseñanzas
para las
monjas¹

CuadMon 144
(2003) 91 - 107

¹ Introducción, traducción y notas del abad Fernando Rivas, osb (Abadía San Benito de Luján, Buenos Aires, Argentina).

² *CuadMon* n. 140 (2002), pp. 67-97.

³ *CuadMon* ns. 141 (2002), pp. 219-235 y 142 / 143 (2002), pp. 465-484.

A este texto, claramente legislativo, se debe agregar la Carta que ahora presentamos, que Cesáreo dirige a su hermana, abadesa de ese monasterio (llamado “San Juan Bautista”), y a toda la comunidad. La diferencia de género literario hace que la Carta contenga una doctrina más desarrollada y armónica, aunque los temas de interés sean claramente los mismos. Es más, podría decirse que en muchos temas cruciales, en particular lo que se refiere a la vida de oración, las enseñanzas de Cesáreo son comunes a laicos, monjes y monjas. Por eso cada uno de los textos que hemos presentado en los números anteriores se complementan con el presente y adquieren un valor doctrinal universal.

La Carta a las monjas

El P. de Vogüé⁴ considera que esta carta fue escrita por Cesáreo en torno al año 512 o antes todavía. Pero nunca después de la *Regla para las Vírgenes*, pues allí se encuentra un pensamiento del todo elaborado e institucionalmente mejorado respecto a los simples consejos con los que esta carta instruye a estas mujeres que parecen haber realizado hace muy poco un cambio de vida para “revestirse la ropa de monasterio”. También el tipo de consejos que les da y la insistencia con que retorna sobre ellos hacen pensar en un grupo de monjas que todavía no ha elaborado bien su disciplina de vida y por lo tanto pueden considerar ciertas cosas de la vida anterior como normales, tales la familiaridad con hombres o bien la costura de vestidos preciosos, cosas a las que Cesáreo se opone tenazmente.

Sin embargo no debe pensarse de que se trata de un estadio provisorio del pensamiento de Cesáreo referido a las monjas, pues todos estos temas volverán a aparecer, y de un modo institucional, cuando después escriba la Regla, o también en sus otros escritos y sermones.

Por eso en esta carta encontramos consejos referidos a la ascesis fundamental de la vida monástica: cuidarse de los ataques del diablo (n. 1); acción de gracias por el regalo de la vocación monástica y la oración constante pidiendo la perseverancia hasta el fin en el monasterio (n. 2); la lucha contra los vicios de la gula, ebriedad, envidia, orgullo, pecados de la lengua, lujo en los vestidos (n. 3); la *lectio divina* y la meditación de las Escrituras aparecen al final del mismo parágrafo como las herramientas principales de la monja; la virtud de la singularidad, para evitar la familiaridad que

⁴ *Césaire d' Arles, Oeuvres monastiques*, vol I. Introduction, texte critique, traduction et notes par Adalbert de VOGÜÉ, y Joël COURREAU. Paris 1988, 283.

puede llevar a abandonar el estado de vida abrazado. El verdadero heroísmo está, cuando se trabaja con la afectividad y la atracción sexual, en huir de los encuentros (n. 4).

Nuevamente la familiaridad vuelve a aparecer, pero ahora bajo la forma de la familia y los parientes, a quienes no conviene frecuentar mucho (n. 5). Después de esto Cesáreo comienza el segundo gran tema de la carta: la desapropiación de las monjas (n. 6), que debe realizarse de modo rápido y efectivo. Sigue la referencia a una dimensión muy importante de la vida de la monja: el trabajo, acompañado por la lectura y la oración en voz baja (n. 7). Luego Cesáreo recomienda que los bienes que se dejan sean entregado a los pobres y no a los parientes ricos, a quienes se haría un mal, al dejarlos en la sobreabundancia y el vano confort (n. 8). Finalmente toda la carta termina con un retorno sobre el tema principal de la espiritualidad de las monjas: huir la familiaridad por medio de la virtud opuesta tomada del escrito *De singularitate clericorum*, del Seudo-Cipriano: la separación de lazos con hombres o mujeres.

Esta carta de Cesáreo se ubica en la línea de las que san Agustín (*Carta a Proba*), Jerónimo (*Carta 22 a Eustoquium*) y de Pelagio (*Carta a Demetria, a Marcela, a Caludia, a una virgen devota*) dirigen también a monjas. La espiritualidad de la religiosa, sin embargo, sólo contempla su ascesis personal, sin tener en cuenta la vida comunitaria. Esta característica hace pensar que tal vez la carta en particular fue dirigida a varios grupos de consagradas con características distintas, lo que lleva a que los temas sean más generales y no contemplen detalles de organización comunitaria, lo que se hará presente pocos años después cuando Cesáreo escriba su *Regla para las monjas*.

La teología de la vida monástica

Tal como hemos señalado en las anteriores introducciones a los escritos de Cesáreo a los laicos y a los monjes, Cesáreo de Arlés vive un momento crucial en la fijación de la doctrina de la gracia en la Iglesia de Occidente. Debemos recordar que bajo su presidencia se desarrolla el II Concilio de Orange que, enfrentando la llamada disputa semipelagiana, presenta la doctrina de la Iglesia acerca de la gracia considerada hasta hoy como la propia de la Iglesia Católica. Las conclusiones de este Concilio fueron aprobadas por el papa Bonifacio II, en Roma, en el año 531.

Tal vez lo más llamativo que tuvo dicha polémica pelagiana y semipelagiana fue el hecho de producirse entre monjes y grupos monásticos

(san Agustín, Pelagio, monjes de Lérins, Casiano) caracterizados por sus distintas posturas ascéticas y por su reflexión acerca de los alcances de la naturaleza humana para responder al llamado de Dios. La vida monástica estuvo tan íntimamente unida a las reflexiones acerca de la gracia que puede verse detrás de las distintas formas en que cada grupo enfocaba su vida monástica, una postura implícita respecto a la doctrina de la gracia, de lo cual surgía también una determinada teología de la vida monástica.

En el caso de Cesáreo una doctrina de la gracia estuvo siempre subyaciendo a su enseñanza monástica y ella encuentra un reflejo muy particular en la expresión, tan habitual en él, "*gratia Christi*". Este vocabulario, muy presente en la *Carta a las Vírgenes*, hace gran hincapié, siguiendo a san Agustín, en que la gracia es de "*Christo*" y no simplemente de "Dios". Con ello Cesáreo entiende que el "auxilio divino" llega al hombre a través de aquellos signos de la presencia de Cristo a saber: la Iglesia y el monasterio. Y, en este último, todos aquellos elementos que la tradición monástica ha instituido son instrumentos de la "*gratia Christi*".

Esta doctrina de la gracia, que insiste tanto en el misterio de la Encarnación divina y en la presencia sacramental de Cristo, no sólo se refleja en el marco institucional de la Iglesia y el monasterio, sino también en la misma persona de la monja, que revive en sí misma el misterio de Cristo.

Por su misterio Pascual es Cristo quien está en condiciones de socorrer a aquellos que, como Él, padecen los embates del enemigo. Y más que nadie las monjas, que imitan a Cristo no sólo en la castidad del alma sino también del cuerpo, pueden recibir el auxilio adecuado de él, quien consagró su mismo cuerpo al Padre. Sin esta reflexión acerca de la "*gratia Christi*" no podrían entenderse los consejos que Cesáreo da a las monjas en esta carta que presentamos. Parecería un hombre que sospecha de la integridad de estas "santas monjas", como él mismo las llama, o bien un padre escrupuloso que encuentra en todo motivos de peligro. Se trata, por el contrario, de uno que ha conocido, como nadie antes en la Iglesia, el significado de la gracia de Cristo que ha transformado los rincones más secretos del ser humano, llegando a la raíz misma del alma y que se hace manifiesta en las actitudes más sencillas del cuerpo, como son la mirada, el modo de hablar, la compostura, el trato. La gracia, por ser "gracia de Cristo", no queda reducida a una simple espiritualidad que sólo afecta el interior del hombre, sin que llega a todas las manifestaciones, incluso corpóreas, que también pasan a ser reflejo de las de Cristo.

Es sobre la base de ese fundamento que Cesáreo estudia también aquellos vicios que, pareciendo ser exteriores, encuentran sin embargo su raíz en lo profundo del alma (así la castidad, la impudicia, la pureza, la virginidad, la familiaridad). Por otra parte, esta "*gratia Christi*" por ser en-

tonces una gracia “encarnada” se vale de los instrumentos simbólicos del mundo de lo sensible que, por el mismo misterio de la Encarnación, se transforman en instrumentos de la ayuda divina: el vestido de las monjas, su separación del mundo (n. 3), las santas conversaciones fraternas (n. 6), la no familiaridad con los hombres (n. 9).

Es este fundamento de la doctrina de la gracia el que permite valorar la riqueza de la doctrina monástica de Cesáreo que, de otro modo, quedaría caduca por expresarse muchas veces en términos que se limitan históricamente al siglo VI, y dando así a su enseñanza un valor perenne para todo monje y monja de todo tiempo.

Por otra parte las monjas, en especial cuando esté constituido su monasterio al lado de la Basílica y viviendo bajo una Regla, son el rostro visible de la Iglesia, consagrada en cuerpo y alma al Señor, santa por su origen en el bautismo y por su propósito de vida monástica.⁵

TEXTO

Cesáreo, obispo, el menor de todos los servidores de Dios, a su santa hermana Cesárea, abadesa y a toda su comunidad, salud eterna en Cristo

1. Venerables hijas en Cristo, habiendo tenido la audacia de dirigirme a vosotras con un discurso llano y torpe a fin de proporcionaros consejos para conservar la paz y la modestia, temo ser acusado de presunción por aquellos que no conocen el alcance de la verdadera caridad.

Porque en efecto yo, aunque consciente de mis pecados y no ignorando vuestra pureza he osado, tibio como soy, exhortar vuestras almas fervorosas e, indolente y negligente como soy estimular vuestras almas que ya están completamente encaminadas; propenso a caer como lo estoy, venir a aconsejar almas sanas y finalmente yo, que me arrastro por el camino, venir a provocar en vosotras el anhelo de la patria eterna. Y puesto que aún a pesar de vuestro santo deseo no puedo visitarlas a menudo, he tratado con mi mayor caridad, transmitir a vuestra santidad y religiosa humildad, en lugar de mi presencia, esta pequeña exhortación en la que he introduci-

⁵ Como estudios importantes al respecto podemos citar un clásico: LEJAY, P., *Le rôle théologique de Césaire d' Arles*, en “Revue d'histoire et littérature religieuse”, 1905, 217-266; SEILHAC, L. de, *L'utilisation par S. Césaire d' Arles de la Règle de S. Augustin. Étude de terminologie et de doctrine monastiques*, Roma 1974; VOGÜÉ, A. de, *Marie chez les vierges du sixième siècle: Césaire d' Arles et Gregoire le Grand*, en “Benedictina” 33 (1986), 81-91; del mismo autor: *Cesáreo de Arles y los orígenes de la clausura de las monjas*, en *Mujeres del Absoluto*, Silos 1986 (Studia Silensia 12).

do también algunos fragmentos de los ancianos Padres y he adornado así la aridez de mis conceptos con el encanto de estas fuentes vivas. Pero esta presunción, como ya lo he dicho, es la caridad misma, que nada teme, me lo impone.

Por lo que os ruego, venerables hijas, que perdonando mi audacia, recibid con paciencia y bondad todo lo que aconsejaré. Y en consideración a mi rusticidad y confusión, releed en secreto mi exhortación, por mediocre que sea, sin comentarla a terceros, con el temor de que oídos eruditos se sientan lastimados por la llaneza de nuestro lenguaje en demasía incorrecto.

Nosotros, en efecto, aunque nunca pensemos mal, gracias a Dios, de vuestro muy santo género de vida, pero teniendo en cuenta sin embargo las múltiples celadas del enemigo del cual se dice: "Tiene mil nombres y mil formas de dañar"⁶ y por motivo entonces de sus artimañas venenosas y sus envidias falsamente lisonjeras, exhortamos a vuestra santa conciencia con algunas palabras, que si bien mediocres y faltas de calor y provenientes de un pésimo combatiente, les proveerán, sin duda, de armas espirituales contra los encarnizados engaños del diablo.

Invitación a dar gracias

2. Regocijíos y colmáos de exultante alegría en el Señor venerables hijas y prodigáos constantemente en abundantes actos de agradecimientos a Él, que de la vida tenebrosa de este mundo se ha dignado atraeros y llamáros al apacible puerto de la vida religiosa.

Recordad permanentemente de dónde provenís y dónde habéis merecido llegar. Habéis abandonado con fe las tinieblas del mundo y habéis vislumbrado con felicidad la luz de Cristo. Habéis desdeñado el fuego de las pasiones y habéis llegado a la frescura de la castidad, habéis rechazado la gula y habéis elegido la abstinencia, habéis repudiado la avaricia y la lujuria y habéis elegido la caridad y la misericordia. Y aunque hasta el fin de vuestras vidas la lucha no les faltará, con la ayuda de Dios estamos seguros de vuestra victoria.

Pero os ruego, venerables hijas, que así como estáis seguras del pasado, debéis permanecer alerta en cuanto al futuro. Porque en efecto, crímenes y pecados vuelven rápidamente a nosotros, si cada día no los vencemos con nuestras buenas obras. Escuchad al apóstol Pedro que dice: *Sed*

⁶ Virgilio, *Aen.* 7,337-338.

sobrios y estad alerta, porque vuestro adversario el diablo, ronda a vuestro alrededor cual rugiente buscando devorar a alguien (1 P 5,8). Tanto como vivamos en este cuerpo, día y noche, con la ayuda y bajo el auxilio de Cristo⁷, resistamos al diablo. Porque desgraciadamente existe gran cantidad de negligentes y de tibios que se glorían de su nombre de cristianos y piensan que es suficiente haber cambiado de ropaje y haberse revestido con el hábito religioso, ignorando así las palabras del profeta: *Hijo mío, si vienes a servir a Dios, manténte firme en la justicia y el temor y prepara tu alma ante la prueba (Sb 2,1)*, no considerando tampoco esta sentencia del Salmista: *A causa de las palabras de tu boca, he observado un camino austero (Sal 15,4)*, así como aquello que dice el Apóstol: *Es por las numerosas tribulaciones que merecemos entrar en el Reino de los cielos (Hch 14,22)*.

En efecto, despojarse de las vestiduras del siglo y tomar aquellas de la vida religiosa podemos hacerlo en el espacio de una hora, pero mantener permanentemente un hábito moral y realizar esfuerzos contra los placeres falsamente agradables de este mundo, nos demandará dedicarnos de lleno a ello, mientras vivamos, con la ayuda de Cristo. Porque no será aquel que ha comenzado sino: *Aquel que haya perseverado hasta el fin quién será salvo (Mt 10,22)*.

⁷ Con esta expresión "*adiutorio Christo*" Cesáreo sintetiza su doctrina de la gracia que pasa a ser, gracias al Concilio de Orange del 529 por él presidido, la fórmula de equilibrio para cualquier exceso de parte de los partidarios de un agustinismo extremo o de un semi-pelagianismo muy en boga. Lo importante es tener en cuenta la aposición "*Christo*" que hace que la gracia sea referida a Él (Cristo) y no simplemente a Dios. Por su misterio Pascual es Cristo quien está en condiciones de socorrer a aquellos que, como Él, padecen los embates del enemigo. Y más que nadie las monjas, que imitan a Cristo no sólo en la castidad del alma sino también del cuerpo, pueden recibir el auxilio adecuado de él, quien consagró su mismo cuerpo al Padre. Sin esta reflexión acerca de la "*gratia Christi*" no podrían entenderse los consejos que Cesáreo da a las monjas en esta carta. Parecería un hombre que sospecha de la integridad de estas "santas monjas", como él mismo las llama, o bien un padre escrupuloso que encuentra en todo motivos de peligro. Se trata, por el contrario, de uno que ha conocido, como nadie antes en la Iglesia, el significado de la gracia de Cristo que ha transformado los rincones más secretos del ser humano, llegando a la raíz misma del alma y que se hace manifiesta en las actitudes más sencillas del cuerpo, como son la mirada, el modo de hablar, la compostura, el trato. Es sobre la base de ese fundamento que Cesáreo estudia aquellos vicios que, pareciendo ser exteriores encuentran sin embargo su raíz en lo profundo del alma (así la castidad, la impudicia, la pureza, la virginidad, la familiaridad). Por otra parte, esta "*gratia Christi*" por ser entonces una gracia "encarnada" se vale de los instrumentos simbólicos del mundo de lo sensible que, por el mismo misterio de la Encarnación, se transforman en instrumentos de la ayuda divina: el vestido de las monjas, su separación del mundo (n. 3), las santas conversaciones fraternas (n. 6), la no familiaridad con los hombres (n. 9).

Llamado a las virtudes monásticas

3. En primer lugar, toda alma que desee observar la vida religiosa debe esforzarse con todo el vigor de su fe en vencer la concupiscencia y la glotonería, evitar la ebriedad aplicándose en guarda mesura en las comidas, siendo su mesa modesta, a fin de no verse ni incitada a la lujuria por la abundancia de cosas deliciosas ni debilitada en su carne por exceso de abstinencia.

A continuación y luego de haber rechazado la soberbia que Dios execra que eche los cimientos de una profunda humildad, que deteste y huya de la envidia⁸ como de un veneno de víbora, que ponga freno a su lengua, que rechace la maledicencia como veneno: que no pronuncie palabras vanas ni admita voluntariamente que sean dichas por otros en su presencia; que tenga por costumbre vestirse de manera ni abyecta, ni pretenciosamente ostentosa o peligrosamente elegante.

Que haga con frecuencia una lectura por sí misma o que reciba con avidez de corazón las palabras que le son leídas y extraiga constantemente de las divinas fuentes de la Escritura el agua de la salvación, esa agua de la cual el Señor ha dicho: *El que crea en mí, una fuente de agua viva brotará de su seno (Jn 7,38)*.

Que el alma santa se esfuerce constantemente en adornarse con flores del paraíso, es decir, con pensamientos de las Santas Escrituras, y que conserve y confeccione con ellos los anillos y pulseras de las buenas obras, que busque el medicamento de las heridas, el aroma de la castidad y el holocausto de la compunción.

La separación del mundo

Pero aquella que desee conservar la vida religiosa con un corazón sin mácula y un cuerpo puro, que no se manifieste jamás en público o sólo en caso de una gran e inevitable necesidad. Dentro de lo posible, que no tenga más que ocasionalmente relación familiar con hombres, de manera que cada vez que la necesidad la obligue a ver, o recibir visitas de hombres que sea sólo con aquellos recomendables por su edad y vida santa y aun a éstos muy raramente, no manteniendo con ellos una conversación prolongada sino muy breve.

⁸ La “invidia” es, en la tradición monástica occidental, un importante vicio capital. Pocos años más tarde de Cesáreo, Gregorio Magno la va a incorporar definitivamente en la lista de vicios capitales en sus *Morales sobre Job*.

En cuanto a las jóvenes que no se las vea jamás o difícilmente. Que nunca ni laicos ni religiosos sean admitidos con asidua familiaridad.

Que no sólo de las mujeres hacia los hombres sino también de los hombres hacia las mujeres haya un esfuerzo por observar esto si desean guardar intacta la pureza de la castidad.

Las tretas del diablo

Y que no se diga: “Mi conciencia me basta, que cada uno diga de mí lo que quiera”. Esta excusa es deleznable y totalmente detestable a los ojos de Dios, y procede más de la desvergüenza que de la buena conciencia. Pues al comienzo de una relación común, sea de un hombre con una mujer o de una mujer con un hombre, parece completamente discreta y hasta podríamos decir santa, porque al inicio el diablo disimula sus maquinaciones, hasta que esta familiaridad asidua, aumentando poco a poco entre los dos se transforma en una amistad funesta. Porque este enemigo astuto hace que éstos se frecuenten por un tiempo sin el menor cosquilleo de deseo, sin perjuicio alguno a la castidad y así aprovecha de esa falsa seguridad para arrastrarlos a plena mar cual dos débiles barquillos mediante esa falsa calma y, mientras que éstos estiman estar seguros y no buscan la ayuda de los ayunos que servirían de contención ni recurren al timón de la vigilia, como los ha vuelto confiados en sí mismos, los estrella a uno contra el otro, los hace naufragar en tormenta súbita y empujándolos en abrazo mortal los mata juntos de un solo golpe. Oculta un fuego que incuba sin mostrar las llamas hasta que logra encender las dos antorchas y las une. Y ahí el diablo devela el propósito de aquello que pretendía dar por bueno primeramente y así de aquello que era aparentemente simple caridad forja él un amor ilícito. Primero se contenta con retirarse para luego ocupar más ampliamente el lugar y así cada cual se siente tan seguro de su conciencia que viendo al otro, no piensa que podrá dar escándalo al respecto. ¿Acaso ve la voluntad del otro como conoce su propia conciencia? Quizá tu mirada ve al otro con ingenuidad y quizá el otro te esté deseando cruelmente.

Te regocijas en tu castidad y ¿no temes su ruina? Si en efecto te muestras muy familiar alimentarás el deseo carnal del otro. Y aunque tú no peques, perderás al otro y aunque tú no lo quieras será por tu causa que la pasión del otro te mancille. No deis, os lo ruego, a nadie ninguna ocasión y no concedáis familiaridad a nadie, no sea que el deseo carnal del otro, perniciosamente encendido hacia vosotras busque afuera aquello que no ha podido encontrar entre vosotras.

Evitar el escándalo de los débiles

4. Pero quizá alguna diga: “Estoy segura de mi conciencia”. No admitimos que una religiosa profiera tales palabras porque ya ha caído aquella que se fía de su virtud. Si con la ayuda de Cristo, deseas vencer la pasión, debes huir de la familiaridad. Que lo sepa bien, aquel que no ha rechazado una familiaridad indigna se perderá él mismo ó hará perder a otro.

Pero se dirá quizá: “No rehuyo la familiaridad porque quiero tener algo que vencer y deseo mantener cautivo a mi adversario”. Cuida que tu adversario no comience a levantarse contra ti; cuida que su cautividad no te conduzca a tu cautividad. Escucha al Apóstol que dice: *Huid de la fornicación (1 Co 6,18)*. Contra los otros vicios es preciso que resistamos con todas nuestras fuerzas, contra la pasión es más ventajoso huir. Huye entonces de la pasión si quieres ser un combatiente privilegiado de la castidad.

Pero presta especial atención a lo que he dicho. Cuando alguien que está solo es excitado por el aguijón de la pasión, con la ayuda de Cristo, que luche tanto como pueda contra sí mismo, porque no tiene donde huir, pero cuando el diablo procura una ocasión propicia a la voluptuosidad por la compañía de otro, tanto como se pueda, que el alma santa huya de esta familiaridad. Así, cuando alguien es tentado en sí mismo, que se resista a sí mismo con la ayuda de Dios; cuando es tentado por la compañía de otro, aunque no sea más que por un leve deseo carnal, que huya lo más rápido que pueda, como si fuera una serpiente venenosa.

La ayuda de otras virtudes es necesaria para guardar la castidad

5. Pero para poder observar todo esto, guardemos una abstinencia razonable, porque es verdadera la sentencia de aquel muy santo hombre: “Así como contienes tu apetito así lo harás con sus movimientos perniciosos”⁹.

Tanto como sea posible, conservemos una verdadera humildad porque la integridad de la carne no se guarda mucho tiempo cuando el alma está corrompida e hinchada por el orgullo. Y, sobre todo, si la llama de la cólera surge a menudo, consume rápidamente las flores de la castidad y de la virginidad. Porque un alma casta y dedicada a Dios no sabe sostener una familiaridad asidua, no sólo con extraños sino aún con sus parientes, ya sea que ellos deseen verla o que ella desee estar con ellos, a fin que no

⁹ RUFINO, *Enchiridion Sexti* 240.

escuche aquello que no conviene o diga aquello que no es útil y vea aquello que pueda ser contrario a la castidad.

Si, en efecto, los vasos que se ofrecen a la Iglesia para ser colocados sobre el altar santo son llamados santos por todos y si está prohibido llevarlo de la iglesia a una casa laica o aplicarlos a usos profanos, si tienen tal dignidad tales vasos que no tienen ni inteligencia ni sentimientos, ¡pregúntate sobre la dignidad que podrá tener ante Dios un alma creada a su imagen! Entonces, así como los vasos sagrados no pueden ni deben ser sacados de la Iglesia para aplicarlos a usos profanos, así no es oportuno, no conviene, no es provechoso que un religioso sea molestado por los múltiples lazos con sus parientes o atado a una perniciosa familiaridad con extraños, quien quiera que sean.

Deber de conservar la dulzura de la caridad

6. Ante todo os advertiré de huir del mal de la envidia como del veneno de una víbora y que conservéis entre vosotras la dulzura de la caridad, de manera a preparáros las unas por las otras y mediante santos coloquios, remedios espirituales. En efecto, existen algunas, desgraciadamente que, cuando se juntan entre ellas, se infligen heridas con la maledicencia o la murmuración contra los superiores en lugar de procurarse remedios espirituales. Pero vosotras, santas y venerables hijas, si veis una pusilánime usad el consuelo, si es una orgullosa aplicad el remedio de la humildad, si la veis colérica administradle la frescura de la paciencia.

Desprecio de las riquezas

Si sois nobles de nacimiento, alegráos más bien de la humildad de la vida religiosa que de la dignidad secular, y distribuid la fortuna terrenal de tal manera que, allí donde podréis tener alas espirituales no os veáis impedidas por trabas carnales guardando algo para vosotras, o dando pero demasiado tarde. Los bienes terrenales, en efecto, si se los entrega demasiado tarde atan las alas del alma como con pegamento, porque es verdad lo que ha sido escrito: “ Los obstáculos de este mundo los hizo desdichados”¹⁰.

¹⁰ Esta cita es de la *Visio Pauli* 10 y 40. Este texto apócrifo es frecuentemente utilizado por Cesáreo (doce veces) y otros autores monásticos de la Galia. La *Regla del Maestro*, en el contexto de la Italia central, también lo utiliza para referirse a la desappropriación de los monjes. Sin embargo, tal vez

Pero si alguna entre vosotras ya era pobre antes de haber elegido la santa vida religiosa, debe agradecer a Dios que no haya querido que la retuviesen los lazos de este mundo. Hay muchas, desgraciadamente, cuyos bienes las atan al punto de alejarlas de la patria eterna. Pero vosotras, gracias a Cristo, sois felices ya en este mundo porque habéis desdeñado los bienes así como las voluptuosidades de este mundo, y no sólo de corazón sino también con vuestro cuerpo.

Tomad en vuestras manos las riendas y no miréis atrás y puesto que habéis merecido subir hasta la cumbre de la perfección, que las voluptuosidades de este mundo no os hagan descender. Recordad a la mujer de Lot, que *habiendo mirado atrás fue transformada en estatua de sal* (Gn 19,26).

Que jamás salga de la boca de una virgen una maldición o un juramento. Guardad no sólo vuestros cuerpos sino también vuestros corazones con total solicitud, puesto que está escrito: *Guarda tu corazón con total desvelo* (Pr 4,23), y el Señor ha dicho en el Evangelio: *En efecto del corazón salen los malos pensamientos* (Mt 15,19). Si efectivamente no tiene malos pensamientos en el corazón, lo que saldrá de la boca será santo, porque así ha sido escrito: *La boca habla de la abundancia del corazón* (Mt 12,34). La lengua acostumbra a expresar aquello que la conciencia ha extraído del taller del corazón y consecuentemente si quieres que de tu boca sólo salga el bien piensa siempre con el corazón aquello que es santo.

Necesidad de la lectura y de la oración unidas al trabajo manual

Debéis dedicaros a la lectura y la oración de forma tal que podáis también hacer algo con vuestras manos, según dice el Apóstol: *Aquel que no trabaja que no coma* (2 Ts 3,10). Especialmente acostumbraos a dedicar a la lectura hasta la hora tercia y consagra la mejor parte del día a la obra santa. Que vuestra oración surja del corazón en silencio de manera que la boca se haga oír apenas. En efecto aquella que quisiera orar en voz alta molesta mucho, tanto a ella misma como a las otras y su parloteo aleja de la oración santa y secreta al espíritu de las otras.

En los trabajos que realicéis con las manos, desdeñad y despreciad los vestidos mundanos y lujosos que sirven no como necesario sino para la vanidad, a fin de que aun en estas obras terrenales, podáis hacer aquello que convenga a la sencillez y la decencia. Muchos en efecto manifiestan en

debido al Decreto Gelasiano del 530 que prohíbe el uso de textos apócrifos, no se lo ve aparecer más en los textos monásticos latinos.

los trabajos que realizan la forma en la que les gusta vivir. Que se engalanen con los adornos seculares aquellas que aman el mundo y se hacen servidoras de la voluptuosidad y la lujuria. Pero vosotras, para quienes el mundo ha muerto, no tengáis nada en común con tales mundanidades, y todos aquellos adornos que predisponen la carne a la lujuria alejádlos de vuestros propósitos como opuestos e incompatibles.

Hay quienes, desgraciadamente por vanidad mundana, se vuelcan a satisfacer las apetencias mundanas en lugar de hacerlo a la lectura espiritual y así preparan para el placer de la vista bellas telas, tapicerías multicolores, bordados y mil cosas semejantes, de gran costo y gasto excesivo, ignorando lo que el Señor proclama con el evangelista Juan cuando dice: *No améis el mundo ni nada de lo que hay en él, porque todo lo que hay en él es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos, y jactancia de riquezas (1 Jn 2,16)*. ¿De qué sirve entonces a una virgen guardar la integridad de su cuerpo si no quiere evitar la codicia de las miradas?

¿Qué debe hacer la monja con sus riquezas?

8. Hay también quien prefiere dar la mayor parte de sus bienes a sus padres o parientes, que quizá son ricos, más bien que a los pobres. No piensan que al entregar sus bienes para el disfrute y el placer, se someten ellas mismas a una mendicidad eterna. Se dirá entonces: ¿Debo acaso rechazar a mis padres o parientes? Lejos de nosotros el decir que no debes honrar a tus padres. ¿Cómo podríamos predicar el no amar a los padres, cuando decimos que hay que amar a los enemigos?. Ama a tus padres y parientes tanto como puedas y si son castos y honestos hónralos siempre y dales como tu legado pequeños obsequios que les haga recordarte. Pero todo aquello de mayor valor y precio entrégalo a los pobres para que esto sirva hasta el fin del mundo, a fin de que tus limosnas lleguen al Reino de los cielos hasta el día del juicio, por la ayuda que habrás aportado al pobre.

Aquello que no hayas dado a tus padres ellos, podrán proveerse a sí mismos mediante el trabajo, pero aquello que tú no te hayas procurado en el otro mundo por la misericordia no lo recuperarás jamás. Sin embargo, si algunos padres son pobres al punto de no poder procurarse el sustento ni la vestimenta necesarios, tú serás recompensada por Dios si les proporcionas con qué sobrevivir a sus necesidades. En efecto deberemos comparecer ante el tribunal del juez eterno y si hemos obrado bien, tendremos la dicha de oír: *Venid y tomad posesión del Reino porque tuve hambre y sed... y poco después cuando lo habéis hecho al más pequeño (se entiende que es a los padres), es a mí a quién lo habéis hecho (Mt 25,34-40)*. No ha dicho: Venid y to-

mad posesión del Reino porque habéis aumentado las riquezas de vuestros padres con vuestras riquezas, porque les hayáis legado con qué rebosar de riquezas de este mundo. No, Él no ha dicho eso, sino que lo que nos recuerda en el Evangelio es aquello que anteriormente predijera con el profeta, *Ha prodigado sus bienes, los ha entregado a los pobres* (Sal 111,9). Presten atención se los ruego: Ha prodigado sus bienes, los ha dado a los pobres. No ha dicho a los ricos, a los lujuriosos a los que aman el mundo. Porque ese rico del cual leemos en el Evangelio que *estaba vestido de púrpura y fino lino* (Lc 16,19), dejó ricos a sus hermanos pero a continuación, cuando se quemaba en el infierno pidió una gota de agua para refrescarse y no la obtuvo (cf. Lc 16,22-28).

Por eso vosotras, almas santas y dignas de Dios, actuad en todo de manera espiritual y ofreced o más bien entregad vuestros bienes a Aquel a quien habéis consagrado vuestras almas. Es conveniente que reciba de vosotras bienes terrenales Aquel que les ha concedido la corona de la virginidad. Pero vosotras estad aun más en deuda con Él, vosotras a quienes Él ha dado el poder de seguirlo *donde quiera que vaya* (Ap 14,4), a Él, el Cordero inmaculado. Porque el resto de la multitud de fieles sigue a Cristo pero no por donde quiera que vaya sino hasta donde pueden. En efecto, los penitentes y las mujeres casadas pueden seguir a Cristo por distintos caminos de la justicia, excepto cuando Él encabeza la marcha en la belleza de la virginidad: no pueden hacerse vírgenes si no lo son. Pero vosotras, santas hijas, seguidlo conservando con perseverancia lo que habéis prometido con ardor.

La monja debe huir de la familiaridad con los hombres

9. Una vez más, insistentemente os pido, almas santas y consagradas a Dios, y con toda humildad me atrevo a daros consejo. Para conservar el privilegio de la virginidad, trabajad con todas las fuerzas para alejar de vosotras y de vuestras almas familiaridades inconvenientes. Que permanezca lejos, bien lejos, esta peste, este contagio de la familiaridad desordenada, que lanza como dardos.

No hay seguridad en esa sociedad donde hay un entrechocarse como bajo el empuje de un oleaje agitado¹¹. No reina en estas familiaridades la

¹¹ A partir de aquí y hasta el fin del párrafo Cesáreo cita al Seudo-Cipriano en su obra *De singularitate clauicorum*. De este modo Cesáreo pasa a la espiritualidad de las monjas los fuertes conceptos que tiene el Seudo-Cipriano para referirse al estado de soledad en que vive y debe permanecer el sacerdote. Se podría decir que en este texto Cesáreo encuentra la virtud opuesta al vicio de

concordia amistosa más bien propicia enemistades: pues para guardar la dignidad de la santa vida religiosa, la soledad es la más santa de los testigos, más bien que una familiaridad descontrolada.

Presta atención, alma santa y discierne cuidadosamente cuántos males provienen de una familiaridad desordenada. En efecto, la familiaridad con quien sea, si ha comenzado a hacerse frecuente, no hará más que sembrar la corrupción, engendrar vicios, concebir pasiones, engendrar ignominia, excitar el furor y provocar la furia, acicatear la insolencia, alimentar los excesos, causar caídas, preparar ruinas, arrancar fronteras, abrir precipicios, navegar en el peligro, a la deriva en los naufragios alegrándose en las pérdidas, fomentando destrucción, negociando la confusión, atesorando vergüenzas, acumulando calumnias, favoreciendo falsedades, acopiando y prensando en un haz cantidad de trampas insidiosas y ocasionando así por innumerables actos deshonorosos, las múltiples pérdidas de aquellos que apartamos del camino recto. Estos daños tan numerosos y tan graves, causados por una perniciosa familiaridad, no sucederán si os esforzáis por no tener, y sólo difícilmente u ocasionalmente, compañías que puedan ponerlas en peligro.

Si el alma santa quiere guardar su retiro y huye con todas las fuerzas de su voluntad del mal de una familiaridad asidua, ese santo aislamiento será para ella fortaleza invencible de la santidad y valiente embate contra la deshonor, firmeza en la energía y debilitamiento del descaro atrevido, salvaguardia de la honestidad y ruina de la deshonestidad, victoria del alma y botín del cuerpo, liberación para la gloria y prisión para los crímenes, introducción a la santidad y repudio a la deshonor, testimonios de la respetabilidad y abolición de los escándalos, ejercicios de la continencia y evacuación total de la lujuria, paz asegurada de las virtudes y combate continuo contra las guerras, cumbres de pureza y prisión de las pasiones, puerto de la decencia y lugar donde naufraga la ignominia, madre de la virginidad y enemiga de la impureza, escudo del pudor y desarme del deshonor, muro de incorruptibilidad y discernimiento de la vulgaridad, dignidad de la integridad y condena de la fornicación, cumbre de la gloria y precipicio donde cae la ignominia, compromiso con las buenas obras y represión de todo vicio, restauración del recato y castigo del descaro,

la familiaridad: la separación (*singularitas*). En ella, como en su raíz última y todavía controlable, se encuentra lo que el vicio de la familiaridad produce como efecto último: la caída de la monja que sucumbe bajo el afecto que siente por un hombre. Cesáreo está aquí aplicando el gran principio patristico: cortar el árbol cuando aún es un brote tierno y suave, en sus inicios, no cuando ya se ha desarrollado y adquirido toda la fuerza de su vigor. Por eso no se cansa de insistir en que la monja debe huir los encuentros con hombres.

adquisición de victorias y fracaso de delitos, descanso en la salvación y exilio de la perdición, vida del espíritu y muerte de la carne, estado semejante al de los ángeles y sepultura de la naturaleza humana.

Los combates de la castidad son los más duros

Con valentía y la ayuda de Dios se triunfa sobre todos estos males y con felicidad se adquieren todos aquellos bienes de los cuales les hemos hablados, cuando las almas santas rechazan lejos de ellas una familiaridad desordenada.

Tened en cuenta, almas santas, os lo ruego, que de todas las luchas a las que la milicia cristiana está siempre expuesta, los combates más duros son aquellos de la castidad, donde la batalla es cotidiana y rara la victoria. A la castidad le ha tocado en suerte un enemigo terrible que debe ser vencido y temido cada día, cada día es derrotado pero no cesa de provocar. Nadie puede estar seguro de la victoria cuando lucha consigo mismo. El navegar en aquellos lugares donde se producen naufragios con frecuencia es peligroso y así es que con riesgo se sortea el oleaje de la pasión donde muchos han zozobrado. En efecto el deseo carnal aún vencido no es exterminado.

Los combates por la castidad son duros pero mayor es su recompensa. El fuego demasiado vivo se consume rápidamente en cenizas, pero el incendio del cuerpo, cuando se consiente, es atizado más bien que exterminado. Nadie puede estar seguro de recibir la palma de la castidad y así como los resultados son difíciles para algunos así también los frutos serán gloriosos. Se impone una prueba que no será sin recompensa para aquel que entre en guerra con su naturaleza. El enemigo público se abstiene de actuar durante la noche, el ladrón sólo acomete en las tinieblas, pero el deseo de la pasión no sólo provoca en el transcurso de la noche sino que no cesa durante el día y no teme ni la púrpura de los reyes ni los harapos del pobre.

A fin de que podáis –ya que Dios os recompensará– recibir con alegría el premio a la castidad y la corona de la virginidad, alejáis siempre de una familiaridad peligrosa. Actuad lealmente para poder llegar con felicidad, y recordadme cuando la virginidad inmaculada se vea coronada en vosotras.

Esta carta me servirá de disculpa ante el tribunal de Cristo, porque con verdadera caridad y perfecta humildad he aconsejado aquello que era necesario fuera dicho y escuchado por vosotras. Si alguien, Dios no lo quiera, desdeña el obedecer, esta carta servirá de testimonio en su contra, pero

para aquella que la reciba de buen grado se transformará en alegría no temporal sino eterna. Sed fuertes en Cristo, santas y venerables mujeres.